Quede estéril la mente del poeta?

No puede ser. Las lenguas que cantaron
Las glorias celestiales de María,
Ni heladas y caducas se secaron,
Ni la segur del tiempo las vencia.
Hoy que las agonías que os cercaron
Quiere al mundo decir la lengua mia,
¿Temblaré que siquiera á vuestro manto
No se acerquen los ecos de mi canto?

Bien sabeis, Madre mia inmaculada,
Que sois vos de mi lira el embeleso,
Y me alienta, y me abisma, y me anonada
Veros en la virtud colmo y esceso.
Al borde casi de la tumba helada,
El alma os imploró.—Tal vez por eso
La muerte se alejó de mi garganta,
Y María me dijo: "Vive y canta."

Y vivo, y cantaré la triste historia
Del Hijo y de la Madre en sus dolores.
Haré, Vírgen purísima, memoria
De aquellos inauditos torcedores
Que ofuscaron un dia vuestra gloria,
Y ajaron un momento vuestras flores;
Lamentaré con vos vuestra agonía,
Sin cesar repitiendo: AVE, MARÍA.

PRIMERA PALABRA.

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.
Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.
(SAN LUC., 23, 34.)

I.

¡Jesus instituyendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: dando tal testimonio de cariño al hombre, que, en espresion de San Agustin, siendo Dios, y como tal potentísimo, no pudo darnos un don mas precioso que la Eucaristía; siendo Dios, y como tal sapientísimo, no supo darnos cosa mas escelente que este sacramento; siendo Dios, y como tal riquísimo, no tuvo joya de mas valor que darnos que el *amor de los amores*, como le llama San Bernardo! ¡Jesus humedeciendo con el sudor de su cansada frente

las arenas del Gethsemaní, y salpicando de la sangre que brota de su desfalleciente humanidad los añosos troncos del huerto de las Olivas! ¡Jesus arrastrado inhumanamente desde el lugar de la oracion hasta los tribunales de la impía Jerusalen, sintiendo lo que no es dado á nuestro corazon sentir, sufriendo lo que á nuestro cuerpo no le fuera posible padecer! ¡Y de noche, cristiano! Velado, no sin motivo, el firmamento con las sombras de la iniquidad, y envuelta la tierra en las tinieblas de la traicion. Jesus divino, si los agudos padecimientos de una dolorosa enfermedad, de noche parecen insoportables, ¿cómo estaríais vos en el huerto, padeciendo los horrores de las enfermedades todas de todo el género humano...?

¡Jesus aceptando el cáliz de su Pasion, y el viento zumbando á lo lejos, porque teme; el espeso ramaje de los bosques susurrando, porque teme; el agua de los riachuelos, de las fuentes y de las lagunas murmurando, porque teme; los luceros escondidos, las estrellas desconsoladas, y los guijarros estremeciéndose al sentir la impresion de la des-

nuda y temblante planta que en los dias de su mayor esplendor ha de descansar sobre la frente de los querubines! Y tú, alma mia, ¿no temes, como la naturaleza, las consecuencias de lo que has ofendido á tu Dios? ¿No te ocultas para llorar en la confusion y la vergüenza los dolores que causas con tus culpas á Jesucristo? ¿No te estremeces al ver sobre el corazon de Jesus todo el peso, que es infinito, de la justicia divina, y que debiera caer sobre tu delincuente corazon...? ¡Jesus, como sedicioso, acusado; como blasfemo, abofeteado; como rey de burlas, coronado de espinas; como impostor, azotado, y como asesino y salteador, sentenciado á morir en un cadalso; y sus cortesanos sollozando, y sus discípulos huyendo, y sus enemigos escarneciendo y triunfando en infernal algazara con los demonios! ¡Jesus conducido á empellones hasta la puerta judiciaria, encorvado bajo el imponderable yugo de un madero, espresion harto significativa del peso de nuestras deudas, y la aurora contristándose, y el sol destacando sus pálidas luces hácia el único grupo que entonces tenia mo-

vimiento, y el dia haciendo partícipe de su claridad á todo el universo, para que todo el universo presenciara el atentado inaudito, el deicidio horrendo que hasta entonces no conocieron, y que desde entonces jamás conocerian los siglos! Y tú, corazon pecador, ¿no corres arrepentido, no vuelas amoroso, no sales al encuentro á los que atormentan á Jesus, para decirles que no Él, sino tú, eres el verdadero criminal á quien debe sacrificarse? No eres cristiano, si no eres humilde; no eres humilde, si no pides el perdon para Jesus y el castigo para ti...

¡Jesus por la pendiente del Calvario, casi sin fuerzas para subir, casi sin alientos para respirar, entumecido por el cansancio, y cubierto el cabello de polvo y sangre, el semblante de oprobio y de ignominia, y el corazon de amargura, entrega su inocentísima persona á los horrores del último suplicio! Y tú, espíritu mio inquieto y descontentadizo, cuerpo acostumbrado á la molicie y al regalo, ¿cómo no consuelas al amado del Padre, entregándote á los males, y á los trabajos, y á los padecimientos de la vida en los brazos

de la confianza en Dios, y la resignacion con su santísima voluntad...?

Pero calla, lector contemplativo, calla, porque la carnívora soldadesca tambien calla. Tres martillos se elevan, tres golpes, conmoviendo la pedregosa superficie del Gólgotha, retumban hasta mas allá de donde nuestros oidos pueden alcanzar, y tres clavos que han taladrado las purísimas estremidades de Jesus, han atravesado de parte á parte el alma de los hijos de la fe. Entre risotadas y aullidos, entre silbidos y blasfemias, la víctima del amor está ya colocada en el instrumento de su martirio; el Isaac divino empieza á consumirse sobre la hoguera de su caridad; Jesucristo, alma mia, aparece estendido y enclavado en el sacrosanto madero de la Cruz. Es cierto que su alma es muy grande; pero los ultrajes que recibe han traspasado ya los límites de la inhumanidad y de la barbarie: es innegable que su corazon es de diamante cuando se trata de recibir ofensas, y de cera cuando se trata de dispensar bondades; pero verdad es tambien que la cuchilla de la ingratitud le ha dividido de

alto á bajo; le ha atravesado de lo esterior al interior, le ha hecho pedazos. Es verdad tambien que su paciencia es heróica, su mansedumbre admirable, su bondad sin principio en su orígen y sin fin en su fin; pero patente está á todos los seres celestes y terrestres, visibles é invisibles, que ni los verdugos tienen ya suplicios que inventar, ni la víctima dolores que padecer. La agonía es el término medio entre el vivir y el espirar, y el Nazareno ha entrado en agonía. Contemplemos.

II.

Se diria que el sol, negándose á colorear de lleno con su lumbre tamañas atrocidades, evoca la sombra de los abismos, que se estiende desde el uno al otro polo: detras del enlutado trasparente, una luz amoratada ó amarilla estampa su huella sobre el fruncido rostro de los individuos de la sinagoga, cuya faz aparece lívida como la de un cadáver: y cierto, la raza judáica era un cadáver corrompido, que tocaba al principio de su disolucion. Figúrate, cristiano, colocado entre una muchedumbre de criaturas, donde el que mas vida tiene es el que está mas cercano al instante de morir. Jesus Nazareno arquea sus cejas, y mueve sus ojos, y mira á lo alto, y esta mirada es un eslabon que ata la cadena del tiempo con la cadena de la eternidad. Un suspiro profundo espresa siempre alegría ó tristeza, cariño ó aborrecimiento, indulgencia ó venganza; Jesus ha suspirado, sus labios se han estremecido como las hojas de un árbol, y de ellos va á escaparse sin duda la demanda de anonadamiento, de destruccion y de esterminio. Escuchemos: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que se hacen. ¿Os habeis equivocado, dulcísimo Jesus de mi vida? Vuestros labios, ¿han hecho traicion por ventura á los sentimientos de vuestro corazon? ¿Ignoran vuestros enemigos el delito que ahora están cometiendo, ni merecen el perdon que para ellos habeis reclamado? Oye, alma mia, y contempla de la boca misma que la pronunció el significado de esta primera palabra.

Pater: Padre. Es decir; yo, aunque soy Dios, quiero pedir para mis enemigos esta gracia como hombre, en cuya naturaleza padezco; pido á Dios y le llamo padre, luego verdaderamente soy hijo de Dios; soy consubstancial y una misma cosa con él, y esta naturaleza mortal, esta naturaleza mortificada y que tanto sufre, está unida á otra naturaleza divina, cuya impasibilidad, cuya sabiduría y cuyo poder desconoce el entendimiento humano. *Pater*: Padre; soy vuestro hijo, y el hijo mas inocente, mas sumiso y mas obediente del padre mas amoroso; hijo unigénito engendrado ante todos los siglos, y el único capaz de satisfacer á vuestra irritada justicia, por la ofensa que os hacen todos mis hermanos. Llamándoos *Dios*, tal vez desoyérais mi súplica como la de un hombre; llamándoos *Padre*, ni quereis, ni podeis, ni debeis ensordecer á los clamores de vuestro moribundo hijo: mi corazon es vuestro mismo corazon, mi corazon es todo ternura y el vuestro es todo caridad. Padezco por vos para desagraviaros; sufro por las criaturas para redimirlas: por vos, para satisfaceros

por su temeridad y por su impenitencia; por ellas, para que el rayo de vuestro enojo no las sepulte en el abismo de la indignacion sempiterna; por vos, que no quereis la muerte del pecador, sino su vida, y por ellas, porque ahora mas que nunca necesitan vuestro santísimo perdon. *Dimitte illis*: perdónalos.

Perdónalos, amantísimo Padre, no tal injuria, ni cuál agravio, ni este pecado, ni aquella ofensa, sino todos, absolutamente todos, porque á todos sin distincion se estiende el bautismo de mi sangre. Perdona á los hijos de mis entrañas; pero no al escriba por su ambicion, ni al fariseo por su hipocresía, ni al ignorante por su rudeza, ni al obstinado por su rebeldía, ni al traidor porque me vendió, ni al presumido porque me negó, ni á los pusilánimes porque me desampararon, sino á todos, sin diferencia de cualidades, sin escepcion de criaturas, sin distincion de condiciones. *Dimitte illis*: perdónalos. Los que se aturdieron como asfixiados por los miasmas de la prevaricacion, los que ciegos de nacimiento no han abierto aun los

ojos á la luz, los que, dueños de mi doctrina que es la verdadera aurora, han seguido el error que es la verdadera noche, todos son mios, porque mi sangre es la suya, porque mi Pasion es su redencion, porque mi muerte es su vida, porque mi fin es su inmortalidad, porque mi sepulcro es su gloria. *Dimitte illis*: Perdónalos. Perdona, no solo á los que me ofendieron en lo pasado y me ultrajan al presente, sino á los que me ofenderán y me ultrajarán en el tiempo venidero; perdónalos infinitamente, porque infinitamente deseo su perdon; perdónalos, Padre inmortal, porque si no es insufrible mi martirio, es insoportable mi agonía, es inútil mi sacrificio, y perdónalos, Padre mio. *Non enim sciunt quid faciunt*: porque no saben lo que se hacen.

¡Pobrecitas ovejas, que desconocen á su pastor porque le ven con diferente vestidura! ¡Infelices enfermos, que desconocen á su médico porque le contemplan peregrino ó estranjero! ¡Infortunados hijos, que desconocen á su padre porque no halaga con su lenguaje los oidos de una razon estraviada! ¡Desventurados hermanos, que, insensibles

á la voz de la naturaleza, se han olvidado de sí mismos para atender esclusivamente á la túnica ensangrentada de su hermano José! *Non enim sciunt quid faciunt:* No saben lo que se hacen: porque ignora su inteligencia miserablemente humana dónde van á parar los designios de mi inteligencia esencialmente divina; porque la venda que cubre sus ojos no les deja percibir los resplandores que despide mi sangre, y porque ignoran que lo que ellos creen en mí una herida profunda y de muerte, son otras tantas puertas por donde las almas redimidas han de entrar al goce de la bienaventuranza. Perdónalos, Padre mio, porque de otra manera su perdicion es segura y su condenacion es inevitable. *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

III.

¿Acabas de oir, alma cristiana? Jesus, que calló cuando se trataba de su propia defensa, habla con la sinceridad de un amigo, con la ternura de un padre y con la sutileza del mejor abogado en defensa de sus enemi-

gos. No confunde los pecados con los pecadores; distingue las culpas de las personas; va á destruir las primeras, y suspira por salvar las segundas; su amor nos enseña cómo debemos amar á nuestros prójimos; su generosidad nos indica cómo debemos perdonar á nuestros enemigos. El perdon de los enemigos, llevado hasta donde podia llevarlo la magnanimidad de un Dios, empieza desde ahora á ser una circunstancia indispensable para que el Señor nos perdone nuestras iniquidades. Perdonaré, Dios mio, y seré perdonado; haré propósito firme de borrar de mi imaginacion la memoria de la ofensa y de arrancar de mi corazon el recuerdo de la injuria, y pediré al pie de la Cruz la gracia para formar, cumplir y perseverar en tan necesario, santo y saludable propósito. ¿Quién es capaz de esplicar el gozo que un alma esperimenta en sí cuando, llevada de su peculiar inclinacion, practica una obra buena, aun cuando sea en el órden de la naturaleza? ¿Y qué lengua suficientemente podrá esplicar los afectos del corazon cristiano, verdadero discípulo de Jesus, que, declarando guerra

sin descanso al amor propio, se sobrepone á él, se conquista á sí mismo, triunfa de los resentimientos, de las aberraciones, de las injurias, por muchas, por sensibles, por injustas que sean, y perdona á sus enemigos? Esplicádmelo vosotras, almas afortunadas, que habiendo saboreado el cáliz de la humillacion, del abatimiento, de la ofensa, allá en el solitario recinto del hogar doméstico, gustais estasiadas la delicia del bien obrar, del obrar generoso, del obrar caritativo, y elevais, en cumplimiento de los mandatos del divino Maestro, vuestras oraciones por los que os han perseguido y calumniado.

Á este que con una lengua murmuradora y maldiciente atacó lo mas sagrado de mi honor y de mi reputacion, «Padre, perdónale.» Á ese otro que, devorado por una ambicion desmedida, atropelló mi hacienda, malversó mis intereses, me negó lo apropiado, sin reparar en los medios con tal de obtener su depravado intento, «Padre mio, perdónale.» Aquel que por diferentes caminos y de distintas maneras atentó contra mi vida, procurando hacer ó haciendo mis dias, dias de

amargura, de desolacion y de espanto, «Padre mio, perdónale.» Á los enemigos encubiertos, á los enemigos declarados, á los pasados, á los presentes, á los venideros, á todos, sin esceptuar á ninguno, «Perdónalos, y perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» Haced, Dios mio, que sea tan grande mi generosidad como es mi deseo; tan perfecta mi caridad como vos la habeis preceptuado; tan desprendido mi perdon como el que me habeis otorgado en la Cruz, y como el que os pido me concedais lo mismo en esta vida que en la otra. Perdono, Jesus de mi vida, perdono y quiero perdonar, porque vos me lo enseñais y porque quiero ser perdonado.

CANTO PRIMERO.

Padre mio, perdónalos, pues no saben lo que se hacen.

"Nací en Belen, y en pajas reclinado
Fueron mi corte rústicos pastores;
Dormia el mundo, y el pensil helado
Ni frutos daba, ni brotaba flores.
Ante mi cuna su esplendor postrado
Dejaron del Oriente los señores
Que besaron, buscándola, mi huella
Al límpido fulgor de clara estrella.

"Al decreto de muerte pronunciado
Por Herodes, infante y escondido
Al Egipto sin norte soy llevado;
Luego á Jerusalen, y allí perdido,
Entre doctores cien y cien sentado,
Y de doctores cien y cien oido,
Hago crugir las bóvedas del templo
Á mi voz, á mi ciencia y á mi ejemplo.

"Bosquéjoles mi reino en los detalles
De una doctrina cándida, sencilla;

Aclámanme las turbas por las calles
Autor de una tras otra maravilla.
Cátedra dan á mi fervor los valles,
Y á mi cansancio los peñascos silla;
Convierto en vino el agua, y en las bodas,
Si penas hay, desaparecen todas.

"Acosada de un hambre tenebrosa
Me cerca la angustiada muchedumbre;
La decrépita anciana está llorosa;
Rompe el niño á gemir de pesadumbre.
El esposo feliz mira en la esposa
De sus ojos de amor yerta la lumbre;
Mas... doy con cinco panes un portento,
Y á cinco mil personas alimento.

"Pidiome el ciego, y recobró la vista;
El leproso me ruega, y es lavado;
El tullido sus fuerzas reconquista;
Satanás de los hombres es lanzado.
Adúltera mujer llora, y conquista
La gracia que perdió por el pecado;
El mudo me publica en el desierto,
Corro á la tumba y resucito al muerto.

"Buscando voy de mi redil las almas
Que soberbio Luzbel hizo cautivas,
Y á mi entrada triunfal ondulan palmas,
Y tiéndense á mis pies mantos y olivas.
Hácia mí los semblantes y las palmas
Retumban los aplausos y los vivas;
Y estremecen los vítores sin cuento

Abismos, tierra, mar y firmamento.

"¡Tiembla por ti, Jerusalen traidora!
¡Prepara contra mí, raza judía,
Esa sed de ambicion que te devora!
¡Acátame hoy para perderme un dia!
Llegué á tus puertas, se acercó la hora
De cumplirse la antigua profecía.
Soy tu Dios en la esencia y en el nombre;
Traidor me vende, me blasfema el hombre.

"Oré en Gethsemaní; y, allí postrado,
Brotó en llanto y sudor mi sangre pura.
Durmió el Apóstol, pero yo he velado...
Insulta al Criador la criatura...
Y al ósculo traidor preso y atado,
Solo en persona y en estancia oscura,
Me hacen marchar humilde, cual oveja
Que muere con dolor, mas no se queja.

"De Caifás á Pilatos, conducido
Soy como sedicioso y embustero;
Si en el atrio de aquel escarnecido,
En el pretorio de este, manso espero,
Con ansia de mirarte redimido,
Pecador, espirar en un madero,
Antes siendo escupido y azotado
Y de agudas espinas coronado.

"¡Ved el hombre!"—Gritára el presidente.
"¡Crucifícalo!"—Dicen los tiranos.
"¡Jesus, no Barrabás!"—"Caiga inocente